

EL FÍGARO

SEMANAL DE LETRAS

Tomo II

SAN SALVADOR, DOMINGO 21 DE ABRIL DE 1895

Num 2.

REDACTORES Y PROPIETARIOS:

Arturo A. Ambrogi Victor Jerez

SECRETARIO DE REDACCION:

Isaías Gamboa

Co-REDACTOR:

J. Antonio Solórzano

La Semana Santa

(Crónica momentánea.)

Las campanas que repican alegremente en este Sábado de Gloria, anuncian ya que la Semana Santa ha pasado. Con el Domingo de Resurrección, días de rosas y de incienso, se cierra esa que deja en nuestras almas, en vez de tristes recuerdos, agradables sensaciones, hondas impresiones.

Yo no podré, por falta de tiempo, diseñar todo el gran cuadro de nuestra semana triste. Logré al vuelo algo importante, como se atrapa una mariposa inquieta que revuela en torno de una flor, y como cronista, presto y puntual al cumplimiento de nuestro deber, dejaré aquí en el papel, desparramado, todo lo que recoger pude en el espacio de un mediodía.....

JUEVES SANTO.

Pues señor.....Por la mañana, cuando el amado y rubio Febo aun no ha desatado la cabellera luminosa de la aurora, las campanas de todas las iglesias invocan á los fieles con sus repiqués alegres. Es á la misa de los "santos oficios" á la que asistiremos.

La ceremonia es larga y majestuosa. El altar todo níveo y resplandeciente, todo áureo entre las nubes gloriosas de incienso, que impaciente hace brotar el monaguillo de blanco sobrepelliz. Regados, por todas partes, atraen la vista los tonos suaves de los mazuchos de azucenas que alzan su corola á la caricia del humo sagrado. El órgano derrama por sus mil tubos torrentes de armonías: una música imponente, severa, llena de poesía, llena de dolor.....Jeremías llora ante la Jerusalem solitaria y maldita. Jesús pasa á través de los viñedos florecientes, predicando, seguido de su cohorte de apóstoles....

El sacerdote, de traje blanco y capa pluvial

bordada de oro y plata, acuesta la cruz sobre un cogín de damasco. De entonces....¡Adiós campanas! Por dos días enteros, no oiremos esa musical algarabía; por tres deliciosas mañanas, á la hora en que el alba rompe su pétalo de luz, no llegarán, en rauda y brillante tropel, esas parvadas de notas, que colándose por las rendijas de la vidriera, inundan toda la estancia, nos envuelven con sus caricias y parecen que nos gritan al oído: "¡Levantaos!"

A las cuatro de la tarde, después del sermón de "el lavatorio", las "estaciones" recorren las calles, yendo en fervorosas peregrinaciones á orar ante todos "los monumentos" de las iglesias todas. Grupos de mujeres y hombres, capitaneados por un sacerdote, pasan rezando en voz alta. ¡Oh! ¡Qué noche tan deliciosa! Yo he ido también, en caravana, á postrarme ante el *sancto sanctorum* á rezar mis oraciones. Siempre soy bueno. Recuerdo que soy cristiano y no dejo que en el vaso de mi duda se marchiten los crisantemos de las plegarias, no dejo que del fondo de mi pecho se borre ese nombre que es escudo para todos mis dolores y consuelo para todos mis sufrimientos: Dios!

A las nueve de la noche, según los cánones religiosos, concluyen las estaciones y todos los templos se cierran.

Silencio.....Sombras.....La gente se retira, piano, piano, perdiéndose entre los dédalos de calles oscuras. Llevan aún en los pliegues de sus labios la nota no extinguida de la oración.

Allá, en el templo, el silencio ha invadido las anchas naves. Los monaguillos cierran las puertas y apagan los cirios. Sus pasos resuenan fuertemente, como pasos de gigantes. Poco á poco, queda todo en lo obscuro. Las vírgenes del altar sonríen con sus labios muertos, en medio de la sombra. Solo arde, junto al ara, la débil llama de una lamparilla de aceite. Alumbra "el monumento." Entre los rayos de oro de la custodia deslumbrante, irradia la forma alba y menuda de la hostia sagrada. Languidecen, en este sopor, las flores de lis, y las gardenias, esas púdicas invitadas al festín de la castidad, se mueren, cuando se ha extinguido su último débil perfume. En la sacristía, en un rincón apartado, á donde, rastreando, débil, agonizante, llega un rayo de luz, vese, en-

vuelta en su sudario morado, listo ya para las ceremonias del "vía crucis mayor" del día siguiente, la imagen de Cristo que, pacífico, lleno de mansedumbre, espera que por él doblen las campanas y se llenen de dolor las almas cristianas.

VIERNES SANTO.

El día tan esperado!

El día es radioso, primaveral. Un sol de estío derrama sus rayos. El cielo azul, se ostenta sin una mancha, sin un cendal de nubes, espuma de ese inmenso mar en que navegan las almas de los que fueron.

Desde muy temprano, la extensa calle del Calvario se ve llena de gente. Se compone los altares, donde se hará "estaciones." Se adorna vistosamente todo; de uno á otro balcón se tienden sargas de flores formando graciosos arcos. Bajo el sol fuerte, resalta la nota verde y triunfal de las palmas gráciles, que se mecen suave y ceremoniosamente. El piso empedrado se cubre de pino desmenuzado. Las gardenias, las regias verbenas, la ruda embriagante, la tan apetecida, por entonces, flor de coyol, hacen alarde loco, derroche de sus preciados perfumes. Ante los cuadros, que representan alguna escena de la pasión, arden los cirios. La gente espera, y de momento en momento, por las boca-calles, llega más gente aún, de modo que á la hora de la procesión casi es imposible el tránsito. Un mar de cabezas que se mueven sin cesar. Los balcones ostentan, tras su barandal, grupos de cabezas adorables. Las bellas muchachas esperan la pasada del Nazareno, recibiendo á cada instante, sobre su cabellera profusa, dentro de su escote, puñados de flor de coyol, que es la flor distintiva y de orden en esos cinco días.

A las doce y cuarto del día, cuando el sol pica más fuerte y hace arder la sangre, sale de la Iglesia de San Esteban la procesión, en que se lleva al Nazareno al Calvario. Infinidad de gente, poatando en las manos cirios encendidos, rodean á la imagen y rezan en voz alta. En cada altar, la multitud se postra de rodillas, por cinco ó seis minutos, rezan las oraciones reglamentarias, y, al camino. Lenta, muy lentamente, se llega á la parroquia, cuyo altar mayor ha sido convertido en algo así como un bosque, algo que recuerde la escueta vegetación del monte Calvario. La cruz, acostada en el suelo, espera el cuerpo del Redentor, todo lleno de llagas y de golpes. El buen ladrón ve el madero pesado con ojos de compasión; en los labios del malo se crispa una mueca de cólera y llena su faz un placer diabólico..... y el sacerdote, desde el púlpito, vibra el rayo de su palabra apostólica.

A las cuatro y media de la tarde, después de concluido el sermón, sale del Calvario el entierro santo.

En un camarín de cristal y oro, cubierto totalmente de ramos de flores y girones de tul níveo, va la imagen de Cristo, recostada muelle-

mente la cabeza sobre un almohadón, en la faz retratada la sombra apacible de la muerte, la frente manchada de sangre, los párpados entreabiertos, que dejan ver unos ojos vidriosos y en los labios,....; ni la muerte ha podido apagar esa sonrisa piadosa que nos reprocha dulcemente y nos recuerda que el camino del cielo está lleno de rosas!

*

Un asunto precioso para un *chroniquer* de una *revue* elegante.

Antes del desfile del Santo entierro frente al Parque Bolívar, éste es una jaula de que brota una algarabía inmensa. Es el punto en que se da cita nuestra sociedad. Se juega á la flor de coyol y allí, el novio va tras de la novia linda.....

Sentados en un banco, en un punto dominante, podemos observarlo todo.

Pasan grupos de muchachas encantadoras. Veis? Sonríen los labios rojos, en que parece que los besos duermen; chispean apacibles los ojos negros; cimbrean las cinturas zandungueras; ondulan las profusas cabelleras negras y el viento riza y alborota las melenas rubias..... ¡Oh! ¡Si nos echamos por ese camino, no será suficiente todo un número entero del querido "Fígaro"!

El piso se llena de flor de coyol, granos menuditos de oro, que forman espesa alfombra. Es el tapiz opulento en que las rimas de la belleza posan su pie. ¡Salve, vencedoras de corazones!

Al acaso tomaré algunas siluetas, como un dibujante que al lápiz, rápidamente, sobre el álbum de dibujo que descansa sobre su rodilla, traza líneas para no olvidar el asunto y acentuar, más tarde, en las soledades de su gabinete de trabajos, un cuadro valioso.

Por allí, saludamos la gracia y la belleza en Hortensia Salazar y Cordelia Guirola, capullos de un rosal divino. Emilita Leiba estuvo cautivante. Esta muchacha pálida, de ojos de esmeralda y labios en que la sonrisa duerme, será asunto para uno de mis próximos "Medallones". Guardo líneas furtivas, trazos rápidos, en mi libro azul. Digna de una estrofa alegre y gentil, de una explosión de admiración comprimida, estaba Elvira Sagrera. María Drews, ¡tan envidiable! Octavia Zaldívar.....; Qué decir yo de ella? Joven radiosa y blanca, iba hechicera. Luego desfilará por las páginas de este semanal esa silueta de musa soñadora: un querido poeta, amigo y compañero nuestro, os la presentará; él encontrará el verbo para decirnos cómo Dios al vaciar esa hermosura en un molde divino, dió á sus formas el poder despótico que subyuga el alma. Josefina Sagrera, Albertina Stich Bonelli, dos rosas thé; dos vírgenes que tienen los ojos azules como un mar tranquilo, que formó un rayo de sol al herir el seno de una ola azul....María Alarcia, siempre modesta y simpática, hace que se le rinda un homenaje.

Cholita Reyes, Eugenia Palomo, Lucita Bonilla, y luego....Tantas más. Imposible me es recordarlas. Entre tantas flores es trabajoso el dar con las tuberosas y con los mirthos. Para las

que dejo olvidadas, para las que no toman el asiento que les corresponde de derecho en esta revista, va mi súplica de perdón. Digno de él es el pobre cronista que gasta su corazón inútilmente, que os da á todas, señoritas, un pedazo de él.....

Muy cortejadas han estado este año las bellas. Les han gastado ya muchos gajos de flor de coyol. A la escasez de ésta han sustituido los nombrados *anicillos* de la Repostería de Bengoa; pero.... ¡Qué oprobioso es esto! Forma una nota mala, algo rayano en lo "curisi".....

¿Verdad que este es un bellissimo asunto?.....

Desfila la procesión. Tiene esta un aspecto imponente. Todo va en orden, pulcramente compuesto de antemano. Casi anochece ya. La luz del sol va debilitándose porque él agoniza. Son millares y millares de velas las que se ven brillar y también millares las bocas que mascullan, fervorosas, sus rezos.

Al pasar frente á mí el camarín mortuorio en que va el hijo de Dios hecho hombre y muerto por redimirnos, me he descubierto humildemente y un puñado de recuerdos se ha alborotado en el santuario de mi alma.

Y queden las fiestas del Domingo de Resurrección para la pluma de oro de Lohengrín.

Al escribir esta revista, siento el agradable perfume que despide un gajo de flor de coyol que, en un rincón de mi estudio, se marchita olvidado.

CONDE PAÚL

Sábado de gloria—13 de abril de 1895.

En el comedor

(PASCUA DE RESURRECCIÓN.)

Mágico hervor que se dilata en torno hace saltar la nota cristalina de la ancha copa que el aldeano empina, del carnaval por el feliz retorno.....

Es un arado el singular adorno único que hallar puede la retina; y allá tras de la puerta se adivina caduco, ahumado y ceniciento horno.....

Hoy es Pascua. Hoy del sol al postrer lampo bebe una misma copa con su amada el labrador, por la salud del campo;

Y hoy á la cena la Embriaguez asiste, danzando al rededor de una colgada ave sin plumas, retorcida y triste.....

JOSÉ S. CHUANO

El Angelus

A Carlos Díaz Dufío

Cuando en torno miró ... ya estaba sola; en su doliente pecho, como una inmensa ola, alzaronse la pena y el despecho. Llevó las manos á los negros ojos; sacudió con dolor la blanca frente; en tanto que en el término del día, naufragaba la luz entre los ojos oceanos de fuego de Occidente.

Las lágrimas amargas que vertía, los suspiros que á veces exhalaba, en su seno la tarde recogía.

Era la hora del misterio hondo, la claridad colgaba aún en los picachos sus crespones; y del obscuro fondo

la onda de la noche se elevaba, al toque sacrosanto de oraciones.

El Angel del Señor... Entre sus labios murmuró la plegaria, huyendo luego; no pudo levantar el dulce ruego, sintió en la boca todos los resabios de la boca de él, boca de fuego:

¡Era una niña tan sencilla y pura... siempre le vió con tanta confianza! lo recordaba... niños persiguieron ¡ay! símbolo quizás de su esperanza, la misma mariposa en la espesura; juntos lloraron, juntos sonrieron al través de sus lágrimas, rocío que bañaba el carmín de sus mejillas al tornar regocijo los enojos.

No hubo entre ellos jamás tuyo ni mío. Del torrente en las ásperas orillas la coronó, una vez, de lirios rojos. ¡Cuánta inocencia la niñez encierra! ¡Que diáfanos y puros sus anhelos, sobre la verde alfombra de la tierra, bajo el toldo esplendente de los cielos!

Anunció á María... y ya no pudo seguir, porque aquel beso le sellaba el capullo de lirio de la boca; y puesta de rodillas sollozaba.

¿Iba á volverse loca?..... ¡Mamá! ¡Mamá! clamó. De la campana la voz repercutía entre los montes: *Llena eres de gracia*... Alzóse ufana y miró los inmensos horizontes.

Vórtice de oro la fulgente grana se había tornado en el lejano Oeste franjeando por ráfagas de plomo iba palideciendo la áurea veste de la luz espectral en las alturas, y volvió á la oración la niña, como un naufrago se ase entre las olas al leño que se ofrece en las llanuras del mar, con Dios y con la muerte á solas.

Ave, Ave, María,
Llena eres de gracia, repetía.
El Señor es contigo, la campana

dijo con voz solemne á sus oídos.
Ella cayó de hinojos
entre las sombras de la noche arcana,
comprimiendo del pecho los latidos,
lentos de luz y lágrimas los ojos:
¡quizás iba á venir por la mañana!

Era huérfana y pobre. . . . estaba sola
El era bueno, amábale por eso:
y estalló por sus labios una ola
que le quemó la boca; era aquel beso.
Pero sintió el placer de los placeres
serpear por sus venas,
al escuchar como rumor, apenas,
Bendita tú entre todas las mujeres. . . .

Bendito el fruto de tu vientre. . . . Un grito
se escapó de su boca contréida,
una estrella radió en el infinito. . . .,
al mirarla cayó desvanecida;
y creyó que la noche tenía garras,
que una boca pegábase á la suya,
oyó chocar salvajes cimitarras
y una voz que clamó: Tómala: es tuya.

Cuando ella volvió en sí, miró hacia arriba:
y contemplando del Amor la estrella,
sintió que su alma virginal se iba,
y que el alma de madre entraba en ella.

Y puesta en pié, de espaldas al pasado,
roto de su pureza el blanco broche,
alzó la frente con dolor callado,
y silenciosa y triste, pero erguida,
como el mundo en las sombras de la noche,
penetró en las tinieblas de la vida.

JESÚS E. VALENZUELA

—*—*—

El Miserere en San Pedro

Pero hay una ceremonia y un momento sublime: el Miserere en San Pedro. La música es de una inspiración inagotable, de un efecto sorprendente. Roma vió en el siglo XVI que el protestantismo la aventajaba en música, cuando tanto aventajaba ella al protestantismo en pintura, en escultura y en arquitectura. Naturalmente buscó un músico para contrastar esta inferioridad, y lo encontró sublime, encontró á Palestrina, ese Miguel Angel del arte lírico. El Papa prohibió que su Miserere fuera copiado, para que sólo resonase en la iglesia cuyas bóvedas gigantes se hallan completamente en armonía con las sublimes notas. Un día escuchaba fuera de sí el Miserere un niño sublime. Este niño, que debía ser el Rafael de la música, lo aprendió de memoria y lo divulgó por el mundo. Llamábase el niño, Mozart. El genio germánico vino como siempre á robar sus secretos al genio latino, en la guerra eterna de ambas razas. No hay pluma capaz de describir la solemnidad del Miserere. La noche avanza. La Basílica está á oscuras, sus altares desnudos. La última vela del tenebrario se ha ocultado tras del altar. Os creeríais dentro de un túmulo inmenso á través de cuyas tablas en-

trara el resplandor lejano de lámparas funerarias. La música del Miserere no tiene instrumentación. Es un arco sublime combinado de una manera admirable. Ya se oye como el rumor lejano de una tempestad ó como la vibración del viento sobre las ruinas y en los cipreces de las tumbas; ya como un lamento que se levantara del fondo de la tierra ó como un plañido que enviaran los ángeles del cielo, todo envuelto en sollozos, en una lluvia de lágrimas. Como las estatuas de blanco mármol, son de tal manera gigantescas y brillan tanto, que las primeras sombras no pueden completamente ocultarlas, parecen evocaciones de otras edades que, al levantarse de su sepulcro y desceñirse su negro sudario, entonan ese cántico de dolor y de horrible desesperación. La Basílica toda se conmueve, vibra cual si los acentos de terror salieran de cada una de sus piedras. Esta lamentación, larga, sublime, esta ola de hiel, evaporada en los giros del aire, os hiere profundamente el corazón, porque es su tristeza infinita, es la voz de Roma quejándose á los cielos desde su lecho de ceniza, como si bajo sus cilicios se retorciera agonizante. Llorar así, lamentarse como los antiguos profetas bajo los sauces del Eufrates ó sobre las piedras esparcidas del templo; llorar en cadencias sublimes, conviene á una ciudad como ésta, cuyo eterno dolor no ha ofendido todavía á su eterna hermosura. Así es la ciudad esclava. David sólo podría ser su poeta. Lo sublime es la nota de su cántico. Roma, Roma; eres grande, eres inmortal hasta en tu desesperación y en tu abandono. Tendrás eternamente en el corazón humano un altar, aunque se pierda la fe, que ha sido tu prestigio, como se perdieron las conquistas que habían sido tu fuerza. Nadie podrá robarte el dón de la inmortalidad que te confiaran tus dioses, que han sostenido tus pontífices y que te confirmarán eternamente tus artistas.

EMILIO CASTELAR

Líneas

A Carlos A. Imendia

Será feliz un loco? Yo he pensado
En la espantosa y lúgubre quietud
De ese cerebro en donde ya no entra
La gloria de la luz.

La razón extinguida; la memoria
Sin las reminiscencias del ayer,
Vencido el pensamiento, que es un monstruo
A las veces cruel.

Recuerdos, esperanzas, ideales,
Todo muerto; una calma sepulcra! . . .
Estar loco. . . . ¡Dios mío!—Yo he pensado
Que eso es felicidad.

ISAÍAS GAMBOA

Un héroe de 16 años

(DE PH. DUBOIS.)

Un recuerdo de la guerra de 1870.—Los mártires desconocidos.—
Un soldado fusilado delante de su madre.

Uno de estos últimos domingos se celebró en los alrededores de París, el glorioso aniversario de los combates que libraron los soldados franceses hace veinticuatro años contra los invasores prusianos.

Sobre la tumba de los valientes defensores de la Francia, sobre el zócalo de los monumentos elevados á su memoria, se depositaron numerosas coronas, y á los acordes de la Marsellesa, himno de libertad y redención de la Francia, se saludó el recuerdo de su sacrificio inútil. ¡Cuán numerosas fueron en 1870 las abnegaciones sublimes!

En tanto que la pobre Francia respiraba bajo la férrea bota del canciller de hierro; que el ejército diezmado por las balas enemigas, retrocedía delante fuerzas aplastadoras, los jóvenes, los niños, sintieron correr por sus venas el sacro fuego del patriotismo y partieron á la frontera.

Esta fue una época heroica. El país entero se levanta y toma las armas para echar fuera de su territorio al extranjero.

Cada aldea ofrece su contingente de mártires anónimos. ¡Gloria á estos humildes, á estos desconocidos!

El azar me permite conocer el fin trágico de uno de ellos.

Enrique Mounier era el hijo único de un pequeño propietario de Arbois, ciudad del departamento del Jura. Cuando estalló la guerra, tenía 16 años. Su padre había muerto poco tiempo antes y su madre, queriendo tenerlo con ella, le había retirado del colegio. De un carácter afable y dócil, el huérfano era adorado por todos aquellos que le conocieron.

Una mañana su madre le vió venir revestido con el uniforme de los franco-tiradores:

—Infeliz—gritó ella,—qué has hecho?

—Mi deber, respondió Enrique Mounier. Los primogénitos han partido ya. Nuestro turno ha llegado ahora. Un francés debe batirse. Si yo te hubiese pedido la autorización de partir, tú me la habrías negado. Sí, rompí mi alcancía y me he equipado á mi costo.

Todas las súplicas de la pobre mujer se encajaron en una voluntad resuelta.

Enrique Mounier partió en una compañía volante, reclutada en el departamento.

El bravo niño tomó parte en los combates de Dijón. Sus camaradas se admiraban de su valor, de su sangre fría y de su audacia.

Entretanto la madre, herida por la separación de su hijo único, había caído enferma.

Su estado se agravó, y ella le suplicó volver.

Enrique Mounier obedeció á esta súplica; pero antes de separarse de sus compañeros de lucha les dijo:

—Luego estarán los prusianos en mi casa, ó sus trenes en marcha. Yo les encontraré allá abajo y ellos me las pagarán todas.

Quince días después, los cascos apuntados se mostraban, en efecto, á algunas leguas de Arbois.

Enrique Mounier reclutó el mayor número de jóvenes de buena voluntad que pudo encontrar, y se puso á su cabeza.

El les equipa, les compra armas, municiones y después les instruye, y en la propiedad de su madre, detrás del camino, levanta una barricada que él manda con lo que establece una emboscada permanente.

Una mañana, á las primeras horas del día, aparecieron á lo lejos algunos ulanos.

Estos ulanos procedían del ejército de Federico Carlos.

—Vosotros haréis fuego sobre toda la línea á mi mando, dijo Enrique Mounier á sus jóvenes camaradas.

Los prusianos se aproximaban sin desconfianza.

Arbois es una ciudad abierta, en la que se puede entrar sin dificultad.

Su silueta se destacaba cada vez más clara sobre el gris del cielo.

Ellos iban perezosamente á la voluntad de sus cabalgaduras.

Los jóvenes voluntarios impacientes y en silencio esperaban el momento propicio.

Cuando los ulanos estuvieron á ciento cincuenta metros de ellos, Enrique Mounier con voz segura y fuerte mandó:

—¡Fuego! y ¡viva la Francia!

Luego una descarga formidable hizo su explosión. Muchos ulanos cayeron. Los otros se pararon sorprendidos de esta resistencia inesperada; volviéronse bruscamente, y después de un corto conciliábulo, volvieron brida y partieron á galope por en medio de las balas que buscaban sus vidas.

Al estrépito de los tiros de fusil, la vanguardia del ejército precipitó su marcha.

Luego apareció.

El camino se veía cubierto de soldados. Y seguían llegando cada vez mas.

—¡Tirad sobre el montón! gritó Enrique Mounier.—¡Fuego! ¡Fuego á todos!

Y los fusiles de sus compañeros bajaban y las balas cruzaban el cielo con su penetrante silbido.

Los soldados alemanes respondían y rodeaban la propiedad por todas partes.

La lucha se empeñó con encarnizamiento.

Los jóvenes voluntarios caían los unos después de los otros. Algunos de ellos consiguieron escaparse; pero Enrique Mounier se quedó en su puesto, cargando sin cesar su fusil que descargaba sobre el enemigo.

Cubierto de polvo, jadeante, lleno de ardor, estaba decidido á morir.

Sus palabras furiosas y llenas de santa rabia

excitaban á sus compañeros á seguir aquella lucha desesperada.

Entre tanto los alemanes avanzaban cada vez más:

—¡ Ríndete! gritó un oficial.

—¡ Jamás! respondió Mounier, ampliando la célebre palabra de Cambronne en Waterloo.

Y en el mismo momento, tendió de un tiro al oficial.

* *

La barricada está tomada. Enrique Mounier es hecho prisionero con sus raros camaradas que han sobrevivido á la lucha.

Furiosos por haber estado en jaque con aquel joven, los alemanes se apoderaron de él. El pagaría por todos.

Le ataron las manos y le pasearon de parte á parte de la ciudad, le escupieron en la cara y le dieron de golpes para saciar su cólera.

Mounier soporta este suplicio con estoicismo.

El patriotismo exaltado, le dá una fuerza sobrehumana.

El domina á sus vencedores con su actitud orgullosa, desprecia sus injurias y exorta al pueblo exasperado por este espectáculo á calmarse.

Su placidez no hace más que acrecentar la rabia de sus verdugos.

Una idea infernal cruzó por la imaginación del capitán que los mandaba.

Hizo conducir á Mounier á la puerta de su habitación. Por su orden es amarrado á un árbol. Después va á buscar á la anciana madre del héroe á fin de que vea morir á su hijo.

El mismo ayuda á arrastrarla hasta el lugar del suplicio, porque ella no podía tenerse en pie.

Frente á ella forma el pelotón.

La detonación resuena, y el bravo joven cae con el pecho atravesado por dos balas; la madre dió un grito y cayó desmayada.

Los cobardes estaban vengados.

Cuando la pobre mujer volvió en sí, estaba loca.

Ella murió poco tiempo después.

Enrique Mounier reposa en el pequeño cementerio de Arbois.

ISMAEL G. FUENTES

Cisne

En la gótica abierta ventana,
viendo el copo que forma la espuma,
entre raros encajes se esfuma
la graciosa gentil castellana.

Afanosa la rubia galana
entreabre los mantos de bruma;
y á los soplos del viento, una pluma
en la alegre chinesca persiana;

Mas de pronto la dama se encanta,
yergue airosa la ebúrnea cabeza
y las manos al cielo levanta:

¿Quién consigue causar tanto halago?
el galán de la esbelta princesa
que es el príncipe níveo del lago. . . .

FEDERICO LARRAÑAGA

La Coqueta

Las hadas, reunidas en la sala, esperaban impacientes el anuncio del alumbramiento para acercarse al lecho de la madre y conceder sus dones á la recién nacida.

En el rostro de todas ellas leíase el disgusto, una especie de despecho, cierta rabia comprimida, que necesitaba una víctima para saciarse.

* *

Hé aquí la causa de su cólera:

Un gran príncipe había pensado en casarse, y quiso escoger esposa entre todas las hadas conocidas hasta entonces. Para ésto celebróse una gran fiesta, á la que aquella acudieron gozosas y con la mente poblada de risueñas ilusiones. ¿Quién sería la elegida? Todas ellas se hacían en silencio esta pregunta y cada una confiaba en serlo, creyéndose superior á las demás.

Comenzó el festín. Las hadas hacían derroche de gracias por agradar al príncipe: todas ambicionaban ser las elegidas; pero éste permanecía insensible á todas las gracias y caricias impúdicas con que pretendían agradarle. Solo una que no se acercaba á él, permanecía triste y silenciosa en un extremo del salón. Como se fijara en ella el príncipe, corrió á sentarse á su lado y le preguntó la causa de su tristeza.

— Así vivo siempre, respondióle; yo tengo el privilegio de conceder á quien yo quiera el dón de la risa y de la gracia; pero me está vedado hacer uso de ese dón. Y viviré siempre triste, llorando las desdichas de los que abusan de mis dones.

El príncipe se enterneció ante el destino de aquella pobre criatura, y tomándola de la mano, hizo callar un momento la orquesta y dijo con voz conmovida á todos los convidados:

— Señores, hé aquí á mi esposa.

Todas las hadas quedaron aterradas ante tan rudo golpe. ¡Cómo!..... á la más triste, á la llorona, escogía por esposa el príncipe? Indudablemente era un imbécil de muy mal gusto. Lanzaron una carcajada de despecho y salieron, llenas de iracundia, del festín, jurando odio eterno á la nobleza. En eso recordaron que debían ir ese día á conceder sus dones á una niña, hija de la mujer más noble de la comarca, y fueron todas, dispuestas á saciar en ella su venganza.

* *

Por eso estaban allí impacientes y llenas de coraje.

Al fin entró un ugier y dijo: Señoritas, podéis entrar: ha nacido la niña.

Una sonrisa infernal dibujóse en todos los labios, y fueron entrando una por una.

— Yo, dijo la primera, quiero que sea torpe.

— Yo, dijo la segunda, que sea orgullosa.

— Yo, dijo la tercera, que sea fea.

— Yo, dijo la otra, que se quede solterona.

— Y yo, dijo la última, que carezca de alma.

La madre, entretanto, lloraba en un rincón, viendo pasar el desfile de todas aquellas hadas

que iban echando una por una las desgracias que habían de atormentar á su hija.

Ya habían pasado todas, cuando entró otra, rápida como un relámpago, que iba á conceder á la niña alguno de sus dones.

Era la elegida del príncipe.

—¿Qué dones han concedido mis compañeras á vuestra hija? preguntó á la madre.

—¡Ay señora, compadeceos siquiera vos de ella! le dijo la pobre mujer. Una la hizo torpe, otra orgullosa, otra fea, otra solterona, otra sin alma; en fin han echado sobre la pobrecita todas las calamidades posibles.

—Pues bien—le dijo el hada—su torpeza será en ella una gracia, su orgullo un atractivo, su fealdad simpática y si se queda solterona, se divertirá bastante, pues tendrá infinidad de novios, mientras que las demás llorarán de envidia; y como desconocerá el dolor, puesto que no ha de tener alma, ha de reír siempre con risa enloquecedora. Esto es cuanto puedo darle.—Dijo y salió, rápida como había entrado.

La niña fue desde entonces la más mimada y la más graciosa de la comarca. Todas la admiraban y le rendían parias, quizá por su risa, pues reía siempre con la risa sutil y encantadora que supo obsequiarla el hada complaciente.

Por eso las viejas gruñonas, la llamaban "la coqueta."

Cuando murió, dicen que lo hizo riendo, mientras tras el cortinaje de la enlutada estancia, se oían los sollozos del hada triste, del hada que llorando daba alegría y sufriendo hacía gozar.

LUIS LAGOS Y LAGOS.

—***—

Versos Griegos

En las cráteras de oro cinceladas
 beben el chipre añejo,
Desceñidas las clámides de púrpura,
 los alegres mancebos.

Los olivos que el pórtico sombrean
 mandan un soplo fresco:
Atenas duerme, y el festín anima
 un rapsodista ciego.

El zumo de las uvas, la locura
 de Otoño, vierte presto
En los buenos espíritus, sus ánforas
 cargadas de beleño.

En un claro de luna, mientras tanto,
 el rapsodista, envuelto,
Se embriaga con la música celeste
 de los versos de Homero.

El sol al despuntar al otro día
 en su carro de fuego,
Vió á la rendida tropa que dormía
 Y sonreír al rapsodista ciego.

VICENTE ACOSTA

Labios rojos

Labios de ardiente sultana,
Que por mi culpa perdí,
Labios color de rubí,
Con frescura de mañana.
Labios de vívida grana,
Que ya no me habláis á mí,
Decidme otra vez que sí,
Y expresadme lo que siente
Vuestra dueña indiferente,
Labios color de rubí.

Labios que el ánima adora,
Rosas de abril sin abrojos,
Labios húmedos y rojos
Como el manto de la aurora.
Labios que el cielo colora
Con vespertinos sonrojos,
Calmad ya vuestros enojos,
Y dad á mi alma sumisa,
Por piedad una sonrisa,
Labios húmedos y rojos.

Labios de púrpura hermosa
Con ardor primaveral,
Labios de fuego y coral
De perfección voluptuosa:
Húmedas hojas de rosa
Que perdí para mi mal,
Nido de amor virginal
Que yo adoro con exceso,
Dadme un beso. sólo un beso,
Labios de fuego y coral.

AUGUSTO N. SAMPER.

El verdadero Fausto

Se prepara en la Opera la celebración del aniversario de Gounod, pretexto para una gran solemnidad musical; y al considerar que Fausto será el alma del programa, hay que convenir en que de todas las obras del muy sentido Maestro, ninguna tan favorita del público como esa.

En un artículo intitulado *Crónica Documentada*, de Carlos de Le Goffe, se trata detalladamente, en un órgano de la prensa de esta capital, del libreto de Barbieri que dice que la leyenda de Fausto es una de las más dramáticas que existen, añadiéndose que tomada de Goethe, quien á su vez la había tomado de Marlowe; pero hay que averiguar la fuente de donde la hubo este último, que es lo que no se sabe en Francia; y como el génesis de tal obra tiene su interés especial, el antes citado articulista tiene sobre ella curiosos datos, manifestando que Fausto y su perro Prestigiar no son héroes imaginarios.

Fausto vivió realmente en el mundo, y una larga investigación de la crítica alemana ha per-

mitido en nuestros días reconstruir su estado civil.

También en Guatemala, mi patria querida, á la que consagro mis mejores recuerdos, es popular la ópera de Gounod, y mis paisanos no desdenarán quizá la lectura de estas peregrinas noticias.

Nació Fausto en Knittingen, en los últimos años del décimo quinto siglo. No eran ricos sus padres; pero recibió de ellos una educación liberal. Púsose después á viajar, y formó parte de esas agrupaciones de estudiantes nómadas que recorrían la Alemania, viviendo de la caridad ó de las trémpas, creyendo que, en obsequio del fin que buscaban, se les perdonarían los medios empleados.

Cada una de las Universidades de entonces tenía su "especialidad," y para adquirir una instrucción completa era menester cursar las aulas de todas, por más que estuviesen á menudo separadas por largas distancias.

Caminaban por grupos los estudiantes, y los aldeanos que los veían pasar reconocíanlos por el cuello amarillo que llevaban y por las cuerdecitas mágicas con que se ceñían el cuerpo.

Hay que saber que eran un tanto nigromantas y adivinos, todo por la necesidad de ganarse la vida. En el fondo de sus alforjas ocultaban figurillas, mandrágoras que decían haber desenterrado bajo los palos de las horcas, y se vendían secretamente como amuletos.

En todas las fiestas se encontraban los estudiantes; es decir, en las ferias, en las asambleas, en los torneos. Conocían las virtudes de las plantas, y se jactaban de atraer ó alejar á su arbitrio la lluvia, el granizo, el rayo. El campesino los temía, sintiéndolos en el aire por ciertas señas: los bueyes se asustaban, los carneros se arrinconaban tímidamente, los caballos relinchaban y levantaban las manos.

El estudiante echaba suertes sobre el establo, y era menester pagarle para que retirara el maleficio; así, pues, cuando entraba en el lugar en que estaban los animales, recogía rápidamente el estiércol del lobo que había allí depositado por secreta manera, y al desaparecer el olor, cesaba también la inquietud de las bestias.

Jugada la partida, iba á reunirse á sus camaradas en la hostería inmediata. Llenábanse las vasijas; el dinero del arrendatario pagaba el gasto, y todos en coro entonaban la gran misa del vino.

Esa vida de gitano, nada tiene de edificante; era la que también llevaba Fausto, quien se atribuía los títulos de doctor, astrólogo, mago, quíromántico, etc.

Fausto fué más adelante maestro de escuela; pero como la vida sedentaria no le convenía, púsose nuevamente á viajar, y fué perseguido por la justicia y encerrado en la cárcel.

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

Blanco y negro

I.

Sonrisas de las vírgenes difuntas
En ataud de blanco terciopelo
Recamado de oro; manos juntas
Que os eleváis hacia el azul del cielo
Como lirios de carne; tocas blancas
De pálidas novicias absorbidas
Por los ensueños celestiales; francas
Risas de niños rubios; despedidas
Que envían los ancianos moribundos
A los seres queridos; arreboles
De los finos celajes errabundos
Por las ondas del éter; tornasoles
Que ostentan en sus alas las palomas
Al volar hacia el sol; verdes palmeras
De los desiertos africanos; gomas
Arabes en que duermen las quimeras;
Miradas de los pálidos dementes
Entre las flores del jardín; crespones
Con que se ocultan sus nevadas frentes
Las huérfanas; enjambres de ilusiones
Color de rosa que en su seno encierra
El alma que no hirió la desventura;
Arrebatadme al punto de la tierra,
Que estoy enfermo y solo y fatigado
Y deseo volar hacia la altura
Porque allí debe estar lo que yo he amado.

II.

Oso hambriento que vas por las montañas
Alfombradas de témpanos de hielo,
Ansioso de saciarte en las entrañas
Del viajador; relámpago del cielo
Que amenazas la vida del proscrito
En medio de la mar; hidra de Lerna
Armada de cabezas; infinito
Furor del dios que en líquida caverna
Un día habrá de devorarnos; hachas
Que segásteis los cuellos sonrosados
De las princesas inocentes; rachas
De vientos tempestuosos; afilados
Colmillos de los hienas escondidas
En las malezas; tenebrosos cuervos
Cernidos en los aires; homicidas
Balas que herís á los dormidos ciervos
A orillas de los lagos; pesadillas
Que pobláis el espíritu de espanto;
Fiebre que empalideces las mejillas
Y el cabello blanqueas; desencanto
Profundo de mi alma despojada
Para siempre de humanas ambiciones;
Despedazad mi sér atormentado
Que cayó de las célicas regiones
Y devolvedme al seno de la nada...
¿Tampoco estará allí lo que yo he amado?

JULIÁN DEL CASAL.

Imprenta Nacional